

El Graduador

DIARIO POLÍTICO

Número extraordinario

ALICANTE: Viernes 8 de Abril de 1898



¡A cuarto y á dos la carita de Dios!

DE LA PASIÓN DE CRISTO

CAMINA, pues, el inocente Isaac al lugar del sacrificio con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndole mucha gente, y muchas piadosas mujeres que con sus lágrimas le acompañaban. Entre tanto, ánima mía, aparta los ojos de este cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina para el palacio de la Virgen, y cuando allá llegares, derribado ante sus pies comienza á decirle con dolorosa voz: ¡Oh señora de los ángeles, reina del cielo, puerta del paraíso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los santos, maestra de las virtudes, espejo de limpieza, título de castidad, dechado de paciencia y suma de toda perfección! ¡Ay de mí, señora mía! ¿Para qué se ha guardado mi vida para esta hora? ¿Cómo puedo vivir habiendo visto con mis ojos lo que ví? ¿Para qué son mis palabras? Dejo á tu unigénito hijo y mi Señor en manos de sus enemigos, con una cruz á cuestas para ser en ella ajusticiado. ¿Qué sentido puedes aquí alcanzar hasta donde llegó este dolor á la Virgen? Desfalleció aquí su ánima, y cubrióse la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acabarle la vida si la dispensación divina no la guardara para mayor trabajo y mayor corona. Camina, pues, la Virgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle, las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas, y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto. Acércase más y más á su amado Hijo, y tiene sus ojos oscurecidos con el dolor para ver, si pudiese, al que tanto amaba su alma. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verle y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura. Finalmente, llegada ya donde le pudiese ver, míranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con su vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas; mas al corazón de la Madre, habla el del Hijo dulcísimo, y le decía: ¿Para qué viniste aquí, paloma mía? Tu dolor acrecienta el mío y tus tormentos me atormentan á mí. Vuélvete, Madre mía, vuélvete, que no pertenece á tu vergüenza y pureza virginal, compañía de homicidas y ladrones... Considera, pues, aquí, ánima mía, la alteza de la divina bondad y misericordia que en este misterio tan claramente resplandece. Mira cómo aquel que viste los cielos de nubes y los campos de flores y hermosura, es aquí despojado de todas sus vestiduras... ¡Oh Salvador y Redentor mío! ¿Qué corazón habrá tan de piedra que no se parta de dolor, pues en este día se partieron las piedras considerando lo que padeces en esa cruz? Cercado te han dolores de muerte; embestido han sobre tí todos los vientos y olas del mar. Atollado has en el profundo de los abismos, y no hallas sobre que estribar. El Padre te ha desamparado: ¿qué esperas, Señor, de los hombres? Los enemigos

te dan grita; los amigos te quiebran el corazón; tu ánima está afligida y no admite consuelo por mi amor. Duros fueron cierto mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, Rey mío, cosido con un madero; no hay quien sostenga tu cuerpo, sino tres garfios de hierro; de ellos cuelga tu sagrada carne, sin tener otro refrigerio... ¡Oh cuán bien empleados fueran allí vuestros brazos, santísima Virgen, para este oficio! Mas no servirán ahora allí los vuestros, sino los de la cruz... Crecieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre, con los cuales no menos estaba su corazón crucificado de dentro, que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para tí ¡oh buen Jesús! en este día: una para el cuerpo y otra para el ánima; la una es de pasión, la otra de compasión; la una traspassa el cuerpo con los clavos de hierro y la otra tu ánima santísima con clavos de dolor. ¿Quién podrá, oh buen Jesús, declarar lo que sentías cuando considerabas las angustias de aquella ánima santísima, la cual tan de cierto sabías estar contigo crucificada? ¿Cuando veías aquel piadoso corazón traspassado y atravesado con cuchillo de dolor? ¿Cuando tendías los ojos sangrientos y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte, y aquellas angustias de su ánima, sin muerte ya más que muerta, y aquellos ríos de lágrimas que de sus puros ojos salían, y oías los gemidos que se arrancaban de aquel sagrado pecho, exprimidos con el peso de tan grande dolor? Pues ¡oh piadosísima Virgen! ¿por qué, Señora, quisiste acrecentar este dolor con la vista de vuestros ojos? ¿Por qué quisisteis hallaros hoy presente en este lugar? No es de vuestro recogimiento pasear en lugares públicos; no es de corazón de madre ver á los hijos morir, aunque sea con su honra y en su cama: y vos venís á ver al Hijo morir por justicia y entre ladrones en una cruz. Ya que determináis vencer el corazón de madre, y queréis honrar el misterio de la cruz, ¿para qué os ponéis tan cerca de ella, que hayáis de llevar en vuestro manto perpetua memoria, de esce dolor? Remedio, no se lo podéis dar; sino con vuestra presencia acrecentar su tormento: porque sólo esto le faltaba



Huida á Egipto.

para acrecentamiento de sus dolores, que en el tiempo de su agonía, en el último trance y contienda de la muerte, cuando ya los postreros gemidos levantaban su pecho atormentado bajase sus ojos desmayados y os viese al pie de la cruz. Y porque estando al fin de la vida, enflaquecidos los sentidos y oscurecidos los ojos con la sombra de la muerte, no os podía divisar de lejos, os pusisteis tan cerca para que claramente os conociese y viese esos brazos en que fué recibido y llevado á Egipto tan quebrantados, y esos pechos virginales con cuya leche fué criado, hechos un piélago de dolor. Mirad, ángeles, estas dos figuras si por ventura las conocéis. Mirad, cielos, esta crueldad, y cubrios de luto por la muerte de vuestro Señor; oscureced el aire claro, porque el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro Criador. Echad con vuestras tinieblas un manto sobre su cuerpo, porque no vean los ojos profanos el arca del testamento desnuda. ¡Oh cielos que tan serenos fuisteis criados! ¡Oh tierra de tanta variedad y hermosura vestidal! Si vosotros oscurecisteis vuestra gloria en esta pena, si vosotros que érades insensibles la sentisteis á vuestro modo, ¿qué harían las entrañas y pechos virginales de la Madre?

Fray Luis de Granada.

LA SEMANA SANTA

I

Llega solemne con sus ecos suaves
mitigando del alma los dolores,
entre el aroma de las bellas flores
y el armonioso trino de las aves.

Himnos sublimes con sus notas graves
elevan en el templo los cantores,
y vela de las luces sus fulgores
el incienso que asciende por las naves.

La loca humanidad gime angustiada,
practicando las máximas piadosas
ante su Dios, envuelto en el sudario;

Y al adorar su imagen venerada,
recuerda las escenas pavorosas
del tremebundo drama del Calvario!

II

Olvidando las lúbricas pasiones
que originan los torpes carnavales,
callan sumisos labios que venales
entonaron estúpidas canciones.

Llorando los contritos corazones
maldicen las pasadas bacanales,
y acuden á los templos inmortales,
á rezar con fervor sus oraciones.

Sucede el velo á la procaz careta;
al necio insulto y á la frase odiosa
la virtud y piedad con sus dulzuras;

Y el alma arrepentida se concreta
en actitud humilde y religiosa,
já pedir el perdón de sus locuras!

Rafael Abellán.

30 Marzo 98.

Semana Santa

La humanidad retrocede, se olvida de lo presente y de lo porvenir y vuelve su alma hacia la trágica escena del Calvario, ocurrida hace diez y nueve siglos.

Tan sólo padece esta regla una excepción y es la de los pueblos que se hallan sumidos en la barbarie, es decir, aquellos pueblos que no han recibido ó que quizás resistieron la luz del Evangelio.

Apuntemos el hecho y compadezcamos sobre todo á los que



FLORENCIA.—Angel del Tabernáculo.

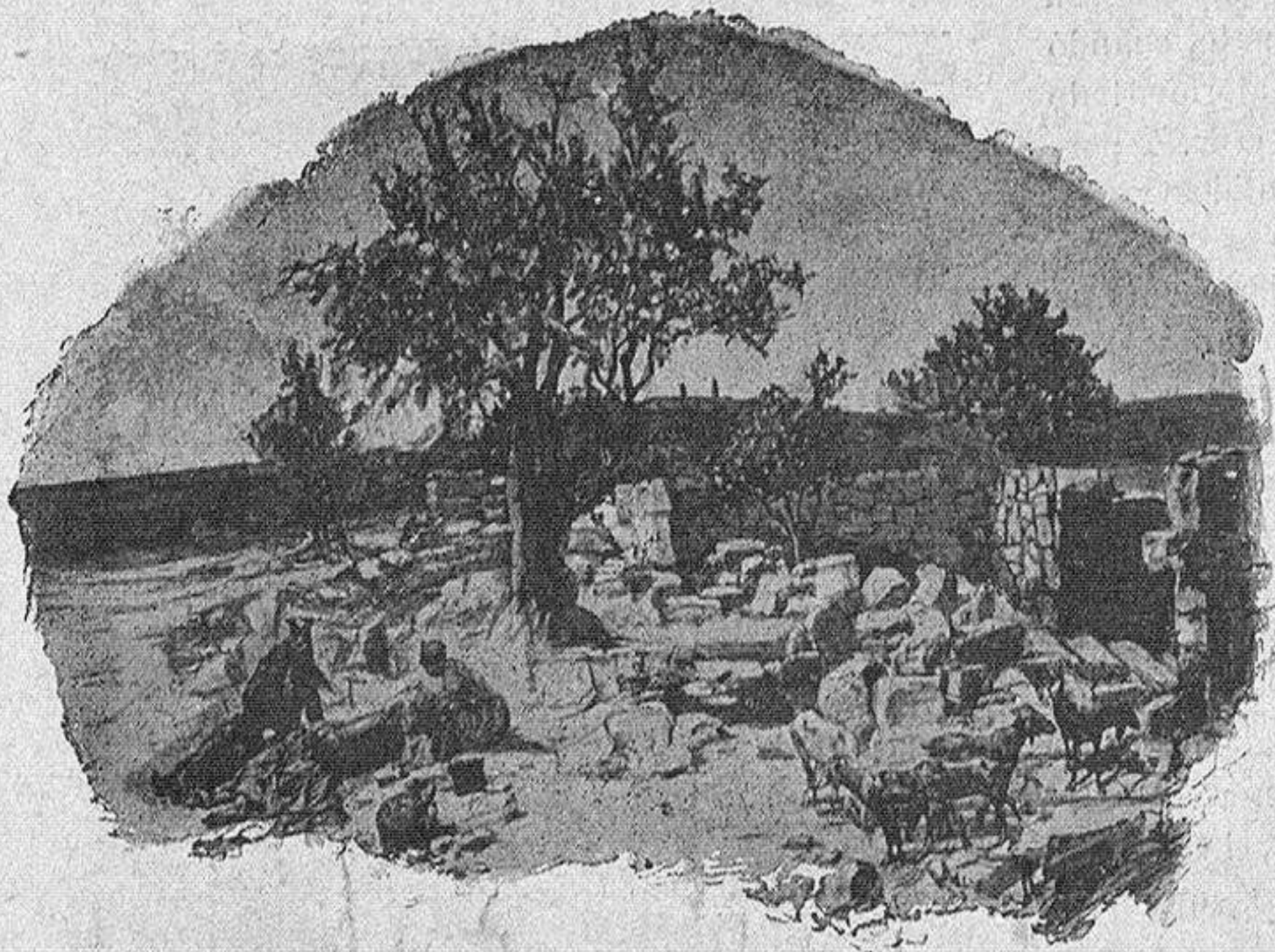
(Fresco de Fra Angélico.)

quieren renunciar á Jesucristo, sin pensar que caerían en la barbarie.

La civilización viene de la Cruz, marcha con ella y en ella ha de terminar.

En medio de las flojedades y tibiezas de la vida diaria, hay dos días señalados en que hasta los indiferentes—dejando con ello de serlo—se sobrecojen de religioso respeto.

Y el testimonio no se muestra de modo particular y aislado, sino que es universal y colectivo; que á un tiempo individuos, familias, naciones y Estados prueban ostensiblemente, de una manera solemne, que son cristianos.



Entrada á la gruta de los pastores, en Palestina.

Esos dos días son el Jueves y el Viernes Santo; los que celebra la iglesia como últimos de la pasión y muerte del Justo; aquéllos, en suma, de donde arranca la redención del linaje humano.

Es, más que probable, seguro que, en fuerza de la gravitación moral, la sociedad tenga que volver, una vez al año si quiera, su vista hacia el Calvario.

Necesita cobrar nuevos alientos para continuar su camino; que al fin en la cuna y en el sepulcro no ha de encontrarse amparo más cierto que los brazos amorosos de un Dios que murió por nuestras culpas.

¡Nuestras culpas!... Ellas son las que necesitan purgarse, y no hay otro Jordán que la redención.

Y para ir á ella no hay otro camino que el del dolor y el arrepentimiento.

El corazón humano lo proclama bien alto y la historia lo tiene escrito con hechos bien elocuentes en la vida de los pueblos.

Abatido el orgullo la humanidad puede salvarse; nuestra verdadera dignidad jamás debe estribarse en la soberbia.

Luis Moreno Maguel.

INSTANTÁNEA

LA COFRADÍA DE MADRUGADA EN SEVILLA

EMPIEZA á amanecer, y la aurora en que se tiñen de rosa algunas nubecillas que destacan sobre el azulado del espacio, hacen esperar un día espléndido.

De la grandiosa catedral, en que el arte gótico dejó encajes de piedra y filigranas; atrevimientos de arquitectura que han sido, y serán, la maravilla de los siglos, se abre la puerta principal en la que aparece, así como en sus hojas, el refinamiento del arte y de la belleza; sale, al fin, sobre andas magníficas Nuestra Señora de la Esperanza.

La escultura es obra de un artista florentino; adornan la imagen de la Virgen alhajas de un valor incalculable, y cubre sus hombros un manto tasado en una fortuna fabulosa.

Al pie de las gradas de piedra, los que la

conducen hacen alto; una nube de incienso perfuma el ambiente y envuelve á la Virgen.

Del grupo inmenso del pueblo, que con recogimiento esperaba la salida, se adelantó un hombre joven que, con la cabeza descubierta, parado ante la imagen, entona una saeta con voz potente y llena de ritmo.

El acento andaluz da gracia á la copla, que es aprobada por la multitud con un murmullo.

La nube de incienso acaricia otra vez la dulce y bella faz de la santa imagen, cuya marcha prosigue en hombros de los cofrades.

La procesión avanza interminable; al final de ella, unos penitentes vestidos de nazareno caminan descalzos; una mujer va detrás, velado el rostro, á pesar de lo cual parece adivinarse que tras el velo hay un rostro pálido y macilento. El cabello suelto cubre su espalda, y bajo el morado hábito de penitenta enseña al andar sus pies desnudos; no se sabe si es joven ó anciana; aunque su cabello es negro y no va encorvada, su andar lento hace dudar; quizá ruega á Dios que vuelva su hijo, que pelea allá en lejanas tierras; acaso ofrez-

ca la penitencia que hace para borrar pasadas culpas. ¡Quién sabe!

La procesión sigue avanzando con lentitud; el sordo murmullo de la gente continúa; allá adelante, al principio de la procesión, se ve disiparse en el espacio el humo del perfumado incienso, y se escucha, al perderse en el aire, las últimas notas de una saeta que entona una voz robusta, llena de poesía y de cadencia.

Manuel F. Fernández.



Interior de la gruta de los pastores, en Palestina.



MADRID.—Salida de los oficios en la Iglesia de San José.

LOS DOLORES DE MARÍA

.....
 ¿quién al llanto contuviera
 si á la Madre de Dios viera
 puesta en tal desolación?

STABAT MATER.

Súmesese el alma en honda melancolía y agólpase el llanto á los ojos al considerar las terribles pruebas de dolor que lacera- ron el pecho de la Divina Madre, «la cual, porque Dios la qui- so Reina de los dolores y de toda semejanza al Hijo—dice San Agustín María de Ligorio—tuvo continuamente delante de sus ojos y padeció sin tregua todas las penas que le esperaban, á saber: las de la pasión y muerte de su amado Jesús.»

El primer dolor, inmenso, sin nombre, fué aquel que en el templo hubo de producirle Simeón con su profecía, al tener al Niño Jesús en sus brazos: «Este Hijo tuyo ha de ser el blanco de todas las contradicciones y persecuciones de los hombres.»

¡Cuán triste profecía! ¡Cómo habían de sumir á la Madre en angustia aquellas palabras de San Simeón, y cómo toda la vida la perseguirían lúgubres en sus oídos, robándole la paz y sosie- go á su espíritu!

.....
 El ángel, apareciéndose en sueños á San José, le ordenó se levantara, y tomando al niño y á la Madre, huyera á Egipto, para evitar la cruel orden del tirano Herodes, por la cual se- rían sacrificados todos los niños que se encontraran en Belén y sus cercanías.

Nueva espada de dolor había de ser ésta para la Reina de los cielos, que veía amenazada la vida del Unigénito, y gran- des los padecimientos á que se exponía á los quince años—Ma- ría contaba á la sazón esta edad—una doncella que jamás sa- lió de su patria, y que de pronto tiene que huir á través de ca-

minos desconocidos, en pleno invierno, sin recursos, agobiada de penas y sobresaltos, teniendo en perspectiva la estancia mi- serable en país extraño, sin nada ni nadie que pudiera ampa- rarles...

Marcha sombría, expuesta á todos los peligros, sin encontrar en ella casa ni hogar que les cobijase, teniendo que vivir de limosna.

.....
 En la solemnidad de la Pascua, María, acompañada de su es- poso José y de Jesús, tenía costumbre de visitar el templo de Jerusalén: ya de edad de doce años, Jesús quedóse en la ciu- dad, sin que advirtiese su Madre, hasta su regreso á Nazareth, la ausencia suya; presa de la mayor zozobra, buscó la virgen á su Hijo durante tres días, hasta que le halló en el templo dis- cutiendo con los doctores.

Los Santos Padres dicen que este fué uno de los más acerbos dolores que experimentó la Virgen, por cuanto en los otros te- nía á Jesús consigo, y en este padeció lejos de él, ignorando su paradero.

«Por el amor, uno mismo era mi corazón y el corazón de mi Hijo.» Estas palabras, que la madre de Dios dijo á Santa Bri- gida, reflejan el amor inmenso que se tenían María y Jesús: se querían como ninguna madre ha podido querer á su hijo ni nin- gún hijo á su madre, por cuanto el Hijo era Dios.

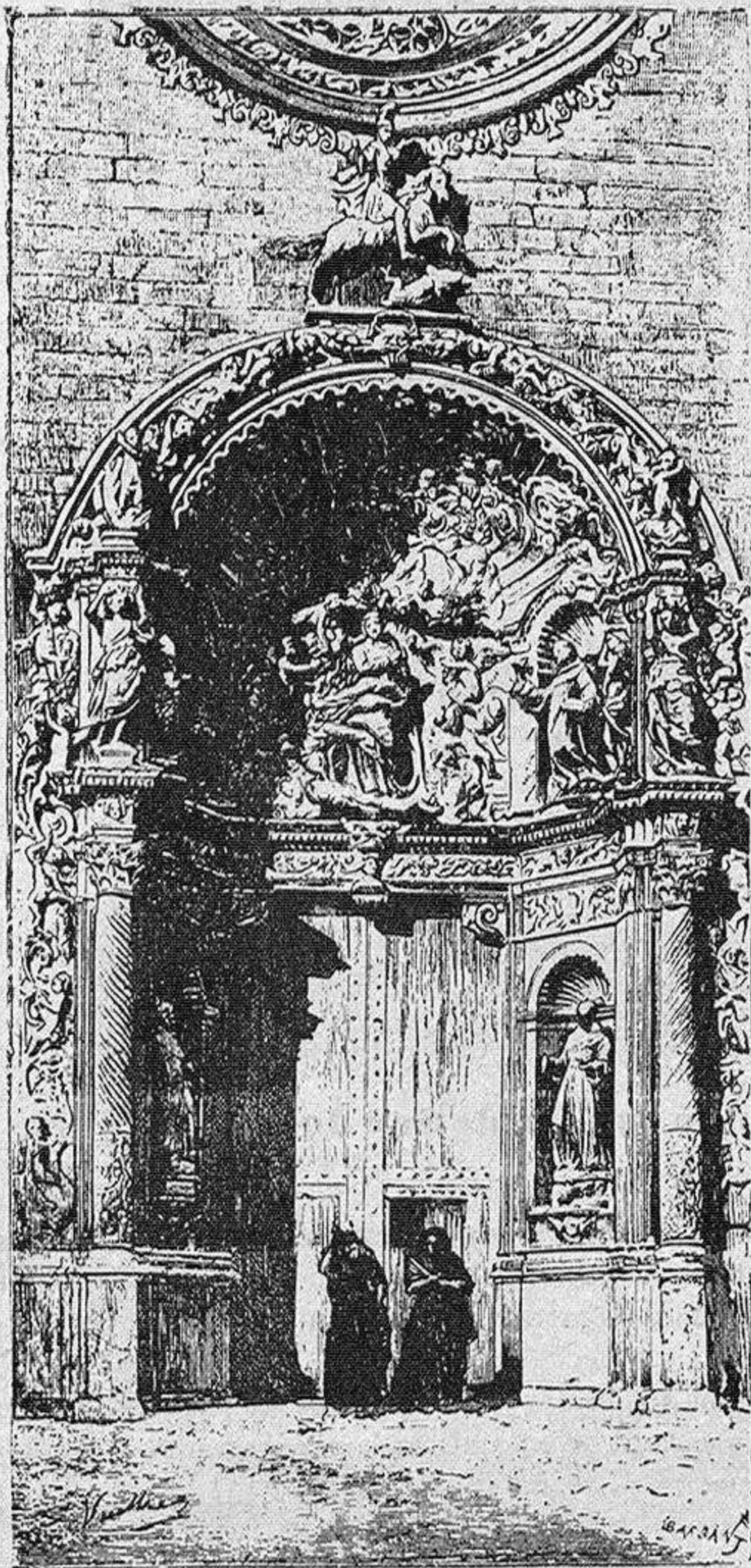
.....
 En toda la historia de los grandes dolores á que está sujeta el alma, ninguno ha de parecernos más terrible que aquel que experimentó la Virgen cuando el discípulo, bien amado de Je- sús, San Juan, la dijo:

«¡Ah, dolorosísima Madre! Ya tu hijo está sentenciado á muerte, y ya ha salido él mismo llevando su cruz para ir al Calvario (1).»

E instóla á María para que le diera el último adiós en aquella última y amarguísima jornada.

No es pluma mortal la que podrá nunca describir el momen- to en que la Madre encontró á su Hijo camino del Calvario, agobiado con el peso de la infamante cruz, cubierto el rostro

(1) Evangelio de San Juan, XIX, 17.



Puerta de la Iglesia de Monte-Sión.

de sangre... ¡Desdichadísima María!... Saeta fué que aquella debió traspasar tu alma, desgarrando tu pecho con brutal empuje... ¡Quieres acercarte á tu Hijo, abrazarle; pero los ministros de justicia te rechazan bárbaramente, y tus lágrimas y tu congoja son para ellos motivo de burla!... No obstante, sigues la fúnebre comitiva, que tanto puede el corazón de una madre y tal valor atesora.

Ya se ha consumado el deicidio: ya el Hijo de Dios pende de la cruz, y al pie de ésta la Madre ha presenciado la agonía de su Hijo, sin poder remediar su suerte ni consolarle; los dolores del Hijo, los insultos é imprecaciones bestiales que dirigen al Maestro, el clamoreo de la canalla, han llenado de infinito dolor el corazón de María, y como señala San Juan Crisóstomo, en el Calvario había, en tal trance, dos altares en donde se consumaban dos grandes sacrificios: uno en el cuerpo de Jesús; el otro en el corazón de María.

Dicen las Escrituras que los judíos, para que no sirviera de estorbo á su alegría en el sábado pascual, determinaron quitar de la cruz el cuerpo de Jesús; y como quiera que, según la ley, no podían descogarse los condenados á este suplicio si no eran muertos, armáronse con mazas de hierro para descoyuntar el sagrado cuerpo; al ver María á aquellos hombres que iban á ejecutar tan bárbaramente el designio, les pidió horrorizada no martirizaran más á su Hijo, que ya estaba muerto...

A su súplica, capaz de enternecer á las hienas, paráronse los ejecutores; pero un soldado da una tremenda lanzada en el costado del Redentor, y por la ancha herida brota sangre y agua;

como si con esto quisiera darnos á entender el Divino Mártir que ya no tenía más sangre que darnos.

Sólo Dios pudo obrar el milagro de que al ver tal injuria, la Virgen no muriese allí mismo de pena.

Aún tiene que padecer más, la más pura de las madres, la más inocente de las criaturas; no bastaba haber visto al Hijo en el Calvario, ni haber presenciado su muerte, ni el bárbaramente ultraje de que fué víctima; era preciso que apurase hasta lo último la amarguísima copa del dolor.

Abrazada al cuerpo de su Hijo, cubriéndole de besos y de lágrimas, la desdichadísima María no quiere separarse de Jesús, y acaso muriera allí la Madre si los discípulos del Salvador no la obligaran á separarse de aquel amantísimo cuerpo, al cual embalsamaron con aromas y envolvieron en una sábana, conduciéndole después en hombros al sepulcro que ya tenían prevenido.

Ninguna madre alcanzó tan gran martirio como este que sufrió la Reina de los cielos. Admirémosla y dediquémosla lo único que, nosotros pecadores, podemos dedicarla: nuestro corazón, y aún será corta la ofrenda.

Alejandro Larrubiera.

LA RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO

Yacía envuelto en polvo y sangre yerta
bajo la losa fría
el santo de Israél, el pecho herido,
la temblorosa faz de horror cubierta;
triste el mundo gemía
en densa niebla y en temor sumido;
en medio la alta cumbre
doliente el sol oscureció su lumbré.

La despiadada muerte poderosa,
blandiendo su guadaña
con la divina sangre ya teñida,
en torno del sepulcro silenciosa
gira con fiera saña,
y el humanal linaje, envanecida,
con poderoso hierro
con pena arrastra del antiguo yerro.

Mas Jehová, de esplendores inmortales
en densa luz velado,
del alto empireo en el supremo asiento,
do sustenta del orbe los quiciales,
y el curso arrebatado
fija á los astros en su imperioso acento,
habló con voz tonante
que sonó de la aurora al mar atlante,
«¿y vencerá Luzbel? ¿El pueblo insano,
dice, del inocente
el nombre ha de borrar? ¿El alma nombre
que el firmamento adora? No, que en vano
contra el brazo potente
osó el abismo: Triunfará, y el hombre
de antigua tiranía
será de hoy libre: la victoria es mía.»

No encendido tan súbito en la altura
globo de luz brillante,
por el aire en la noche se desprende,
cual del padre Abraham la mansión pura
el ánima triunfante
rápida deja y el sepulcro hiende.
Síguela el coro santo
que anheló su venida en largo llanto.

La obscura tumba en célicos fulgores
se inflama: nueva vida
el pecho ensangrentado hinche glorioso,
y el rostro baña en cándidos albores.

Se alzó, y en voz subida
vencí, dice, y con eco armonioso
 tierra y mar resonaron,
 y del orbe los polos retemblaron.
 «Vencí: del cielo las eternas puertas
 con planta venturosa
 el humano entrará. Satán impío
 logró, en vano, con artes encubiertas
 la estirpe numerosa
 del hombre esclavizar: ya el reino umbrío
 cayó: mi fuerte mano
 rompió los hierros del audaz tirano.
 «Salud, mortales: el amargo lloro
 desterrad: nuevo día
 á la tierra nació. Piadoso el cielo
 de inmarcesibles bienes el tesoro
 abundoso os envía;
 de bienes que de Eden el grato suelo
 Janas ¡oh! fecundaran,
 y en vano vuestros padres suspiraran.
 «¡Oh Dios! tu brazo fué, tú lo juraste.
 La espada que potente
 me ceñiste, triunfó. Tú las naciones
 á mis pies, y los pueblos subyugaste:
 vuela de gente en gente
 mi nombre; victoriosos mis pendones
 del Tártaro profundo,
 tremolan por los ámbitos del mundo.»
 «Cayó, cayó Salén. Roma, tu solio
 ¿do está? ¿dó las que el viento
 enseñas vanas desplegó ondeantes?
 Mi cruz, Pedro, arboló en el Capitolio,
 y fijó eterno asiento
 mi religión. Ante ellas vacilantes
 cayeron derrumbadas
 al ciego error las aras levantadas.»
 «Hijo del trueno, vuela; el pueblo ibero
 en tu celo ardoroso
 feliz su gloria cifra: eterna gloria

reservada á la fe. Del nombre fiero
 en conflicto ondoso
 triunfó Hesperia; mi cruz es la victoria.
 ¡Oh vírgenes sagradas!
 cantad, del yugo infame libertadas.»

Dijo: y la cruda parca el sacro acento
 oyó, y en triste aullido
 lanzóse presto al tenebroso lago.
 Extremecióse el avernal asiento;
 y con ronco alarido,
 Luzbel, gimiendo su fatal estrago,
 saltó del negro trono,
 y rompió el cetro con feroz encono.

José M.^a Roldán.

LA SEMANA SANTA

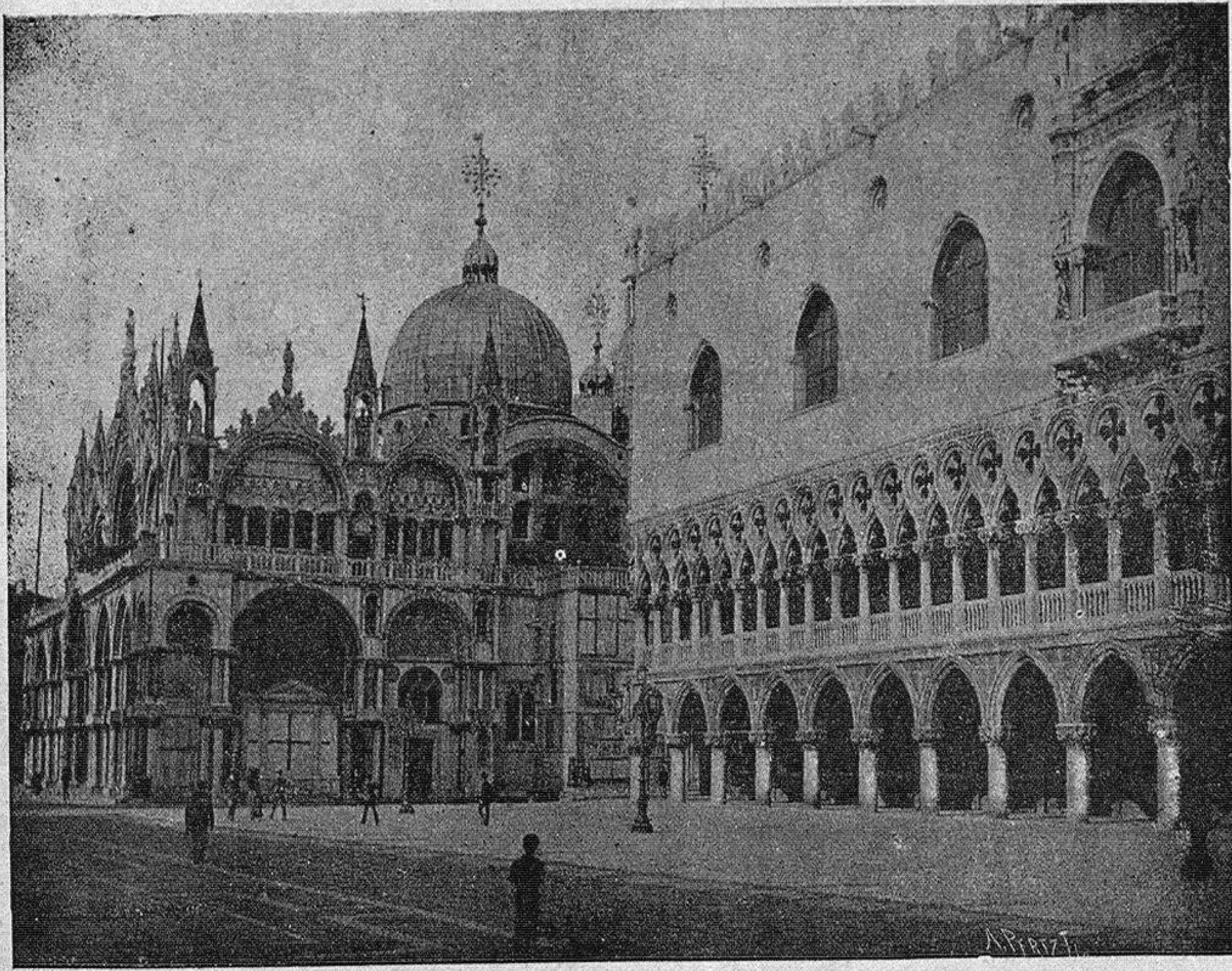
NOTAS DE COLOR

EN la estación más bella del año, cuando la Naturaleza se viste con sus más espléndidas galas y pone variado color en las plumas del ave, retoños verdes al árbol y luz radiante en los cielos; cuando todo trabaja y en solo himno, todo canta la vuelta á la vida, la iglesia celebra la muerte de Jesús de Nazaret; de aquel judío pobre y desvalido, que con su filosofía salvó al mundo y con su nacimiento dividió la Historia en dos mitades.

Nada existe comparable al bello contraste de la iglesia y la Naturaleza: cantando la una la muerte y la otra la vida.

Suena pesada y lastimera la campana, llamando fieles al templo; preparáanse los cuerpos con rudas continencias y un hálito de tristeza infinita nos habla en todos lados, del santo misterio, del cruento martirio de aquel Filósofo, muerto por el fanatismo de su pueblo, y vivo en la conciencia del pensador y del sectario.

En la ciudad, en el campo, en la atmósfera misma, hay un algo que nos habla y que á nuestro pesar nos recuerda y nos



VENECIA.—Iglesia de San Marcos.

llama, para celebrar la más hermosa de las fiestas cristianas, é influidos por ese algo, vamos á la iglesia á presenciar la conmemoración.

Cubiertas de luto están sus paredes, tapadas están sus cruces; oscilan temblonas las muertecinas velas, dibujando confusas las rígidas imágenes, y entre el constante susurro del apresurado rezar de alguna vieja, resuenan graves las notas augustas del cántico solemne, que el sacerdote eleva á la muerte de su Dios.

Una impresión profunda de piedad embarga nuestro ánimo y la idea del terrible sacrificio que se impuso el Hombre-Dios, en beneficio de la humanidad, embarga nuestro espíritu, haciéndole crear mil quiméricas visiones de muerte, que ya turban, ya animan nuestra mísera materia...

La iglesia, mientras tanto, sigue cantando sus misterios uno y otro día, y la idea del terrible sacrificio de Jesús, impresa en nuestro sér con caracteres indelebles, se va debilitando poco á poco.

De los detalles del templo, de los vestidos, de los rostros y de la actitud de los fieles, emana una tristeza suave y plácida, que va borrando en nosotros las ideas de muerte, concebidas á la entrada del templo.

La media luz suave de las ventanas, el grato calor de una muchedumbre aseada, el olor de la cera, el perfume de la mujer, la nube de incienso, el monótono color del templo, el canto del sacerdote y la repetida idea de nuestra muerte y del drama del calvario, van poco á poco hablando á nuestra sensualidad y acaban por enervar nuestro espíritu, sumiéndole en dulce sopor...

Pero en medio de este suave anonadamiento y cuando la tristeza ha dominado ya á todos... un accidente cualquiera abre las puertas del templo, y una oleada de aire lleno de perfumes de primavera, de cantos de pájaro y risas de chiquillo, entra cantando la vida y removiendo adornos de los altares y las fúnebres colgaduras.

Apercíbese entonces el creyente del contraste, respira el aire nuevo en la ráfaga que ha entrado, y á su pesar, se revela contra tanta idea de muerte, cuando reina la vida...

Pero ya es tarde: la iglesia ha concluido de celebrar la muerte de Jesús, y ya suenan atronadores las campanas y los cohetes, las cortinas se han descorrido, las puertas se han abierto... y ya fraternizan, la Primavera, la resurrección de la Naturaleza, con la vuelta de Jesús á la vida, resurrección de la idea.

Antonio Mascaró.

EL MADERO DE LA CRUZ

(LEYENDA)

JUNTO al árido y extenso Palatino, en la vieja Roma, y escondida en estrecha callejuela, hallábase la vivienda de un antiguo soldado de Calígula, conocido con el nombre de Celio.

La viudez había entristecido la humilde mansión y el alma ruda del veterano.

Sin embargo, una muchacha, en la plenitud de su hermosura, alegraba con el brillo de sus encantos los días nostálgicos y sombríos de su padre Celio.

Aquella, que Dios le había dado por hija de su sangre, estaba educada por su madre en la fe cristiana.

Celio tenía como único y leal amigo á Esquiles. Nacidos ambos en Roma, fueron incorporados á la vez

en igual Centuria, luchando los dos en las Galias como valientes legionarios de Tiberio.

Guerrearon juntos, sufrieron idénticas penalidades, participaron de los mismos triunfos, y, una vez pasada la agitación de aquellos días, los dos camaradas no se separaron más, como si fueran hermanos.

Lepidus, hijo de Esquiles, habíase quedado también sin las caricias y los consuelos de una buena madre.

Unidos Lepidus y la hija de Celio por afecto fraternal, este cariño aumentó insensiblemente, de tal manera, que los dos se amaron con tanta timidez y castidad, que sólo ellos parecían ignorar los puros sentimientos de sus almas generosas.

Una de esas noches en que los dos antiguos soldados se reunían á cenar en casa de Celio, díjole éste á Esquiles:

—Grande es mi complacencia al veros á todos reunidos en este rincón más sombrío que nunca, sólo comparable á esas lóbregas catacumbas que tenemos bajo nuestros pies, y donde tantos cristianos perecen víctimas de inicua persecución.

No hubo concluido de hablar, cuando un rumor próximo que se oía en la calle hizoles á todos prestar atención.

La gritería de la chusma iba en aumento, oyéndose indistintamente: ¡que mueran! ¡que no haya perdón!

La muchedumbre, compuesta de hombres desarrapados y mujeres como fieras, llegaba al paroxismo de su furor, cuando acertaron á pasar frente á la casa de Celio. A través de las ventanas veíase á la revuelta multitud de donde aquellos gritos feroces partían.

—No es nada—dijo Esquiles.—Unos cuantos infelices partidarios del Nazareno que habrán sido sorprendidos en su culto y son conducidos á prisión por los germanos del César, y esa muchedumbre pide para ellos enérgico castigo.

—¡Pobres gentes!—dijo la hermosa Silvia, mirando con emoción el rostro de su padre.—¿Y qué mal hacen en adorar al Nazareno?

La frente del viejo soldado Celio cubrióse de hondos surcos, y con la mirada fija en el suelo parecía abismado en nebulosas reflexiones.



ROMA.—Cúpula de San Pedro.

SÁBADO DE GLORIA

LAS PALOMAS

Llegó el Sábado de Gloria,
y á las pasadas tristezas
suceden las alegrías
con que la Iglesia celebra
el *Gloria in excelsis Deo*
del Redentor de la tierra.

Como noticia solemne
que con júbilo se espera,
la anuncian tocando á vuelo
las campanas de la iglesia,
y *¡aleluya!* gritan todos,
y el eco los aires llena.

Al sonar de las campanas,
las palomas que sestan
por la torre, y allí anidan,
en rápidos giros vuelan
como inocentes heraldos,
como dulces mensajeras,
comunicando el suceso
á la entristecida aldea.

Y al cruzar del monasterio
por la solitaria huerta
se detienen un instante
á acariciar la cabeza
de aquel santo que vigila
por el pueblo, y que le enseña,
con su ejemplo y sus virtudes,
la religión y la ciencia.

Luis González López.



Peduro

—¿Puede saberse á qué obedece esa tristeza, mi buen amigo?
—pregunto Esquiles.— Al pronunciar el nombre del Nazareno
te he visto cambiar de aspecto y quedarte sumido en abstrac-
ción profunda...

¿Acaso tuviste relación con el Crucificado?

—¡Y tanto!—contestó Celio.

—¿Por ventura, conociste al Nazareno? ¿Fué tu amigo, tu
huésped? ¿Te ha salvado de algún peligro? ¿Habéis combatido
al mismo enemigo?—preguntó Celio.

—Hablaré—dijo el viejo Celio—y oiréis de mis labios un
suceso extraño de mi vida que no he revelado á nadie hasta hoy.

¿Recuerdas, Esquiles, que cuando fui nombrado ayudante
del Centurión, recibí la orden de unirme en Judea, á la legión
á que me habían incorporado?

—Lo recuerdo perfectamente—añadió Esquiles. Hará de
esto... treinta años.

—Exacto. Pues bien; llegué á Judea en la época en que el
Nazareno iba por pueblos y ciudades dirigiendo su elocuente y
persuasiva palabra á una muchedumbre dócil y convencida que
le seguía con el mayor entusiasmo. Hablaba de un Dios nuevo,
de un Dios justo y misericordioso de quien él se decía ser hijo
y enviado.

—¿Le oíste tú hablar alguna vez, padre mío—preguntó con
ansiedad Silvia.

—¡Jamás!—contestó Celio.

—¡Oh! qué gozo hubiera sido para mí tan grande haberlo
oído!—añadió la joven.

—Antes de ir á Judea—prosiguió hablando Celio—era el Na-
zareno objeto de la execración de sacerdotes y dignatarios de

su país, hasta el punto de que nosotros preveíamos la suerte
que aquéllos le reservaban.

El proceso no tardó mucho y los implacables jueces conde-
naronle á morir sobre una cruz; ¡sacrificio humillante reservado
tan sólo á esclavos y ladrones!

Cuando fué conducido al lugar de la ejecución, en los altos
del Gólgota, iba yo formando parte de los que escoltaban el
lúgubre cortejo. ¡Qué de torturas pasó antes de llegar!

Fué horrendo; nadie jamás ha podido ver cosa semejante.

Obligado por mi carrera militar á contener aquella estúpida
y cruel muchedumbre, compuesta de esclavos, paganos y ex-
tranjeros, presencié los últimos momentos del Nazareno.

El Centurión que nos mandaba, hombre enérgico y de mo-
dales algo groseros, pero con un buen corazón, á medida que
sus turbios y torcidos ojos adivinaban más bien que veían los
espantosos detalles de la ejecución de aquel hombre extraordi-
nario, notaba yo que hacía movimientos extraños sobre su ca-
ballo y volvía su rostro para no presenciar tan terrible espectá-
culo.

De repente, y como si recibiese una inspiración súbita,
empuñó briosamente su lanza y acercándose al suspendido
cuerpo del Nazareno clavó en su costado el acero. No bien reti-
ró la lanza, brotó de la herida gran cantidad de sangre y agua
que, bañando su rostro, le hizo recobrar totalmente la vista, y
apeándose entonces del caballo, púsose de rodillas y pidió per-
dón á Aquél que tales prodigios obraba en el momento mismo
de morir.

Yo también estremecido, aterrado y subyugado por una
grandeza que no comprendía, pero que se palpaba en aquel lu-

gar de increíbles horrores, caí de rodillas y quedé con los ojos clavados en el Nazareno.

Mi cabeza se desvanecía, mis manos abrasaban, mis venas, mis nervios, y todos mis miembros se agitaban en una convulsión dolorosa: no oía nada, ni veía más que la figura de Cristo elevada sobre la Cruz. Su boca y sus ojos entreabiertos; sus cabellos y su barba caídos sobre un hombro; su cuerpo retorciéndose suspendido de los clavos que le desgarraban las manos y los pies; su pecho dejando ver una cavidad sanguinolenta y profunda; la sangre corriendo por sus brazos.

¡Horrible, amigos míos, horrible!

Y al decir esto Celio se estremecía de nuevo como si volviese á contemplar aquella aterradora escena...

Los que le veían apenas respiraban de emoción... Silvia sofocaba á duras penas los sollozos...

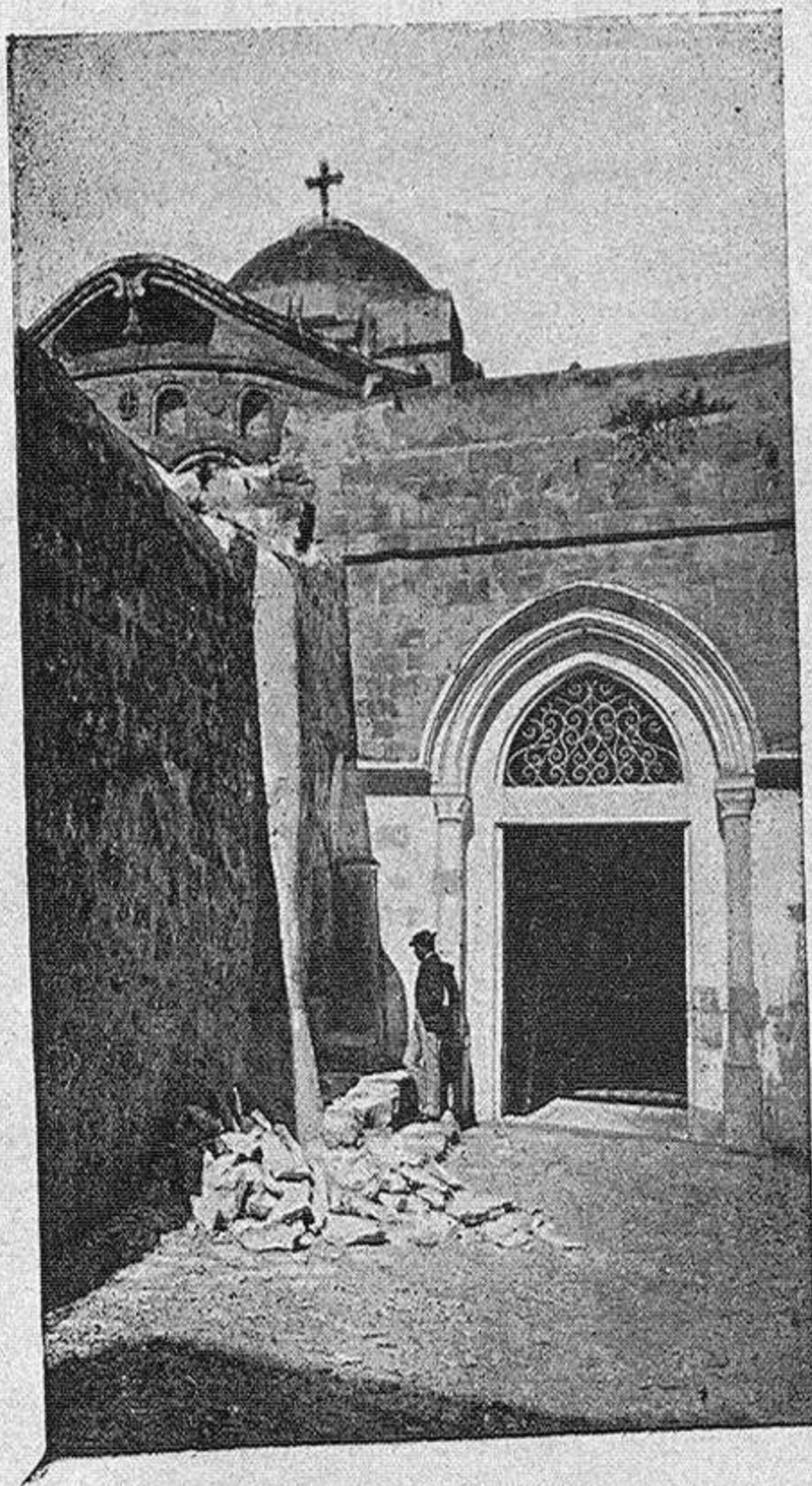
Celio continuó:

—Cuando llegó la noche de aquel espantoso día, sentí vivo deseo de volver á ver al Nazareno.

Los senderos del Gólgota estaban desiertos. Espesos nubarrones entoldaban el Cielo, atravesados á intervalos por un rayo de luna.

Al pie de la Cruz varias mujeres, con el rostro cubierto, lloraban amargamente.

Algunos hombres se disponían á bajar el cadáver de la Cruz.



Convento de los Coptas edificado en el sitio en que Jesús cayó por tercera vez.

MATER DOLOROSA

¡Pobre madre! Causa pena
asistir á su quebranto
y mirar deshecha en llanto,
mujer tan santa y tan buena.
Al tosco leño abrazada
la madre de los dolores,
ve al hijo de sus amores
con la carne desgarrada.
Ve la tranquila agonía
del que un crimen sin segundo

Yo le contemplé otra vez y admiré el reposo y la tranquila dulzura de aquella cara macilenta y herida.

Desclavaron el cuerpo, y en uno de los martillazos saltó y cayó á mis pies un pedazo de la Cruz.

Me apresuré á cogerlo y ví que estaba empapado en sangre y que tenía pegados algunos rizos de la abundante cabellera del Nazareno.

Dirigí la última mirada al que acababa de pagar con su vida el crimen de ser justo, y huí ocultando entre los pliegues de mi túnica el precioso resto de la tragedia más cruel que presenciaron los tiempos. La conservo en esta caja como un tesoro, y cada vez que persiguen á los cristianos lo miro, y siento en mi corazón algo que me dice que yo también moriré con ellos algún día.

Y mostrando á todos la ennegrecida madera, vieron asombrados que de cada uno de los cabellos pegados á la sangre salía un hilo de luz.

Silvia se postró llorando y adoró la reliquia.

Imitaronla los demás, y mientras allá en la calle oíanse de vez en cuando lejanos gritos de la multitud que pedía la muerte de los cristianos... en aquella casa parecía oírse un dulcísimo coro de ángeles que cantaban un himno al Santo Madero de la Cruz.

Miguel G. Cano.

hizo: redimir al mundo
del pecado en que vivía.
Clava en Cristo su mirada,
ve coronada su frente
por las espinas, y siente
en el alma sus punzadas.
¡Pobre madre del Señor,
que asistes con faz llorosa
á la muerte ignominiosa
del Divino Redentor.
El cáliz de la amargura
apúralo hasta las heces.
¡Santo martirio que ofreces
por tan dulce criatura!

*
* *

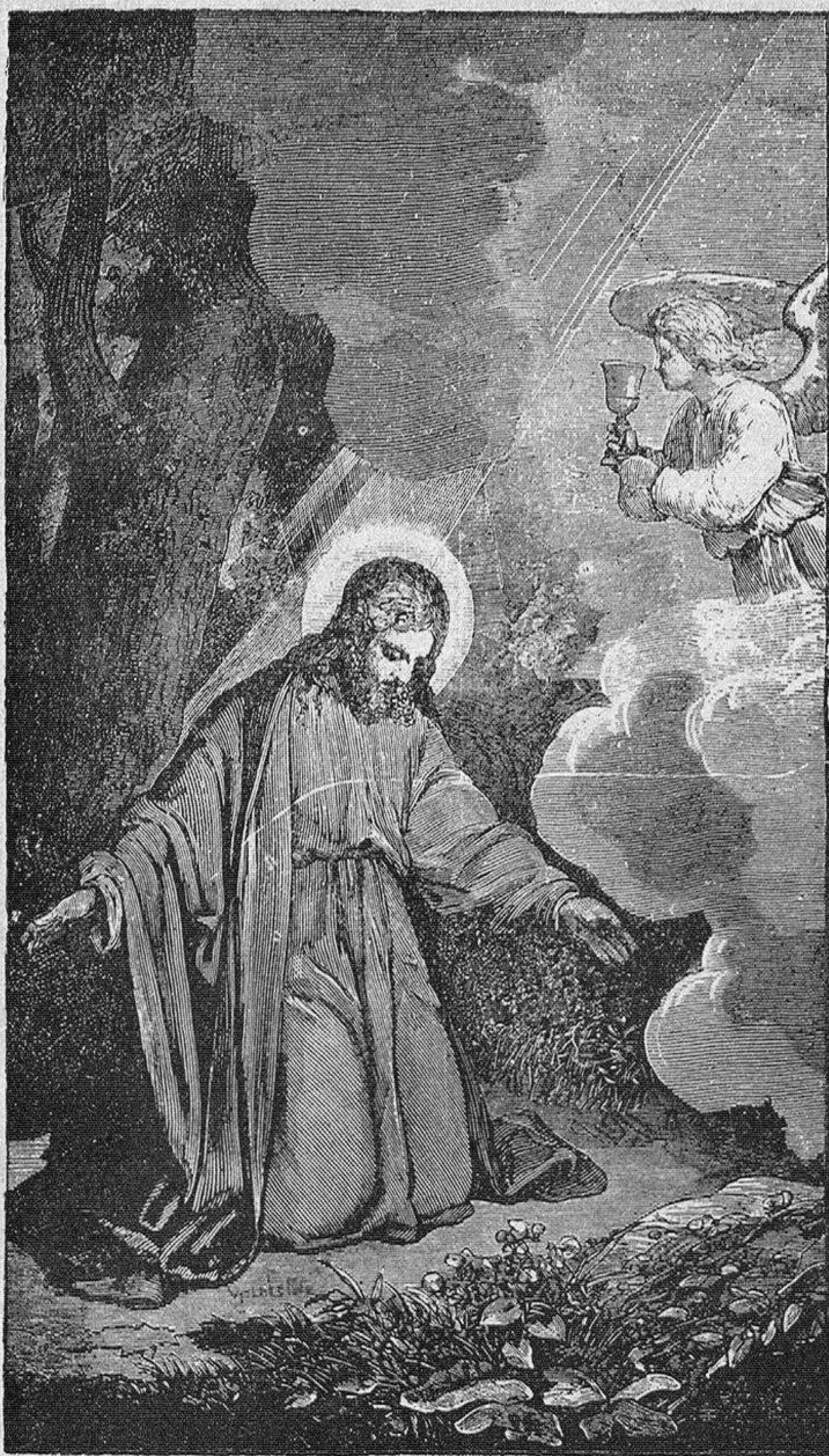
Gólgota... ¡Santo lugar,
bendecido por los dos,
que allí la muerte halló un Dios
y allí fuiste tú á llorar.
Al mirar muerto en la cruz
á tu hijo entre pecadores,
pierden su aroma las flores,
el sol apaga su luz.
Y todo es llanto y tristeza,
ansiedad, duelo y terror,
¡que al mirar muerto á su autor
llora la Naturaleza!

José Doz de la Rosa.

Á DIOS

Te llaman la miseria y los pesares:
¡hambre que gime, cólera que estalla!
y en el rudo trajin de la batalla
tus hijos que se matan á millares.
Oficia la mentira en tus altares
y gobierna tu pueblo la canalla;
oye si no la voz de la metralla
que truena por las tierras y los mares.
La dinamita á gritos te ha llamado.
¡Nada hiciste al morir! grita iracundo
este mundo irredente y desquiciado.
¡Pide tu sangre, manantial fecundo!
.....
¡Baja otra vez á ser crucificado!
¡Vuelve, Señor, á redimir el mundo!

Manuel Paso.



La Oración del Huerto.

JESÚS SACRAMENTADO

¡Oh Dios infinito! ¡oh verbo increado
 por quien se crearon la tierra y el cielo
 y que hoy entre sombras de místico velo
 estás impasible, mudo en el altar!
 Yo te adoro: en vano quieren sublevarse
 mi razón rebelde y cuatro sentidos,
 de Dios el acento suena en mis oídos
 y Dios á los hombres no puede engañar.
 Mi fe te contempla, como si te viese
 cuando por la tierra benéfico andabas
 curando mil males, y al hombre anunciabas
 el reino celeste, la vida sin fin;
 ó en aquel momento que arrancó á la tumba
 al huérfano joven tu palabra fuerte,
 cuando abrió sus garras la atónita muerte
 y gimió de gozo la viuda en Naim.
 ¡Redentor divino! Mi alma te confiesa
 en el sacramento que nos has dejado,
 de pan bajo formas oculto, velado,
 víctima perenne de inefab'e amor.
 Cual si te mirase, sangriento, desnudo,
 herido, pendiente de clavos atroces,
 morir entre angustias é insultos feroces,
 entre convulsiones de horrendo dolor.
 ¡Señor de los cielos! como te ofreciste

á tan duras penas y bárbaros tratos
 por tantos inícuos, por tantos ingratos,
 que aun hoy te blasfeman ¡oh dulce Jesús!,
 yo, si bien cargado con culpas enormes,
 mi Dios te confieso, mi Señor te llamo,
 y humilde gimiendo mi parte reclamo
 de la pura sangre que mana tu cruz.
 ¡Extiende benigno tu misericordia
 (la misma, Dios bueno, que usaste conmigo)
 á tanto infelice que es hoy tu enemigo
 y alumbra sus almas triunfante la fe!

Ojalá pudiera mi pecho afectuoso
 por todos servirte, por todos amarte,
 de tantas ofensas fiel desagraviarte...
 Mas ¿cómo lograrlo, mísero, podré?

Permite á lo menos que mi labio impuro
 una su voz débil á los sacros cantos
 con que te celebran ángeles y santos,
 y ellos, Dios piadoso, te alaben por mí.

Mis súplicas oye: aumenta en mi pecho
 tu amor, Jesús mío; la fe, la esperanza,
 para que en la eterna bienaventuranza
 te adore sin velo y goce de tí.

J. M. Heredia.



San Juan Evangelista.

MARÍA AL PIE DE LA CRUZ

Rosa á la orilla del jardín nacida,
inmaculada virgen de Judea,
estrella de los cielos desprendida,
aura del manso mar de Galilea,
lirio del valle de perenne vida,
luz que los ojos de Jehová recrea,
de la prole de Adán gala y encanto,
madre del Hombre-Dios, tu vida canto.

El arpa dame del querub ardiente,
que reina del empero te proclama;
dame que brille en mi abatida frente
de tu alma inspiración la intensa llama;
desvanece las nieblas de mi mente
y en casto amor mi corazón inflama.
¡Qué invencible poder tendrá mi lira
si la Madre de Dios mi canto inspira!

Inspirado por tí, regio caudillo
en Covadonga alzó la cruz gloriosa;
el de Urbino copió del cielo el brillo,
pulsó León la cítara armoniosa;
inspirado por tí, trazó Murillo
su bella y lastimera *Dolorosa*,
y al trasladar al lienzo tus enojos
soñó tu faz y adivinó tus ojos.

Yo el eco quiero ser de tu voz pura
el alma que comparte tus pesares,
plectro de oro que alabe tu dulzura
en plácidos y férvidos cantares;
pedestal de tu angélica hermosura,
incienso que se abraza en tus altares,
césped que pise tu nevada planta,
pecho que encienda tu mirada santa.
.....

Lívica, demudada y macilenta
con ambos brazos á la cruz se anuda;
viendo muerto á Jesús y que ella alienta,
de la verdad de su desgracia duda;
ya en lastimera voz su mal lamenta,
ya el supremo dolor la deja muda.
¿Cuál padece la Madre desolada,
sin clavos y sin cruz crucificada?...

La negra sombra de la noche oscura
ni tibio rayo de esperanza aclara.
El cáliz de la hiel tu labio apura,
se pierde tu clamor, nadie te ampara...
¿No hay un querub en la celeste altura
que le mueva el pesar que te acibara?
¿Cómo no se desgarró el firmamento
al repetir el eco de tu acento?

¡Lloras! ¡Madre infeliz!—¿No era bas-
[tante

á redimir la culpa cometida,
en suplicio horroroso y humillante
inmolar de Jesús la excelsa vida?
¿Para qué abrir con dardo penetrante
de tus dolores la profunda herida?
Ya derrocado de su sólio el vicio,
¿de qué sirve tu estéril sacrificio;

El SÉR, por cuya mano poderosa
en alto pedestal te hallas alzada,
quiso sin duda ver tu frente hermosa
con tres santas coronas adornada:
de madre la diadema esplendorosa,
de virgen la guirnalda inmaculada,
y la aureola inmortal, cándida y pura
de la no merecida desventura.

¡Ah! tú eres el dolor volando al cielo,
bajel que boga en tormentosos mares.
Tú sabes de la vida el desconsuelo,
tú sabes, Madre, lo que son pesares.
Es un valle de lágrimas el suelo,
y el dolor debe estar en los altares.
Si, tú eres el dolor símbolo santo,
y tú, al llorar, enaltecaste el llanto.

Mas ya de rosicler hollando nubes,
del orbe dejas la mezquina esfera,
y circundan espléndidos querubes
con estrellas tu ungida cabellera;
en sus alas al cielo ráuda subes;
tu llorado Jesús en él te espera;
y la difícil puerta en el instante
rueda sobre sus ejes de diamante.

Allí en tablas de mármol esculpida,
de tu martirio ves la amarga historia.
Al comenzar tu nueva y grata vida,
con doblado placer canta la Gloria.
Más no borre tu dicha indefinida
de tu terreno viaje la memoria,
y no te olvides del que gime triste
en este valle donde tú gemiste.

Mira, señora, que á tus pies me postro
demandando piedad, que ya me abate
desatado huracán, y en vano arrostro
del Ponto bramador el recio embate.
A mí convierte tu divino rostro,
y lucirá la paz tras el combate;
muévate mi dolor, dame el descanso,
torna el revuelto mar en lago manso.

Eres astro que alumbra y que no ciega,
amor que siempre acrece y nunca muere,
lluvia que alegra el prado y no lo anega,
mano que siempre cura y nunca hiere.
El SEÑOR á tu ruego nada niega:
¿qué se puede negar á quien se quiere?
y pues tu labio cuanto pide alcanza,
dame, si no la dicha, la esperanza.

Sé que la dicha que el humano anhela,
en este valle lóbrego no anida;
es ave cautelosa que no vuela
sino en alta región desconocida.
¿Qué es la dicha? el amor que no recela,
que nada teme, que jamás olvida.
¿Dónde el perenne amor tiene su imperio?
del cielo en el recóndito misterio.

Y ¿qué fuera ese cielo prometido
sin el encanto del amor dichoso?
Un desierto sin linde conocido,
y cuanto más inmenso más penoso;
vasto templo con oro revestido,
encerrando sepulcro silencioso;
y es la pena mayor del negro averno
eterna vida sin amor eterno.

Palma de Nazaret, Virgen María,
cual la ofrenda de Abel suba ligera
en vuelo fácil la plegaria mía
al alto cielo, do el amor impera;
y mientras luce el suspirado día
de abandonar la terrenal esfera,
no desampares al que gime triste
en este valle, donde tú gemiste.

Larmig.



MATER DOLOROSA

MUERTE DE JESÚS

I

ALLÁ al Norte de Jerusalén, entre los muros de la ciudad y los valles de Cedrón y de Hinnon, encima de Birket-Mamilla, se levanta una meseta desigual y árida, conocida con el nombre de *Gólgota*; en ella pagaban el tributo de su vida los infames, los condenados por la ley al suplicio ignominioso de la cruz, los salteadores, todos aquéllos, en fin, á quienes los romanos no los encontraban dignos de entregar su cuello á la cuchilla.

La cruz con sus torturas, con su odioso aparato, con sus crueles costumbres, nacidas en el cerebro de los grandes conquistadores, era algo más que la muerte instantánea. Tarda en caer la vida, libaba el suplicio en desesperante lucha.

El Hijo de María, el Nazareno criado en las tierras de Nazaret, entre las brisas del Carmelo y las alturas del Sidrem, el que soñó con la redención del mundo y llevó sus ideas á la Judea, entregada por completo á las teorías nacidas en Grecia, sobre la inmortalidad del alma, creyendo cercana la restauración de la casa de David y el triunfo de la teocracia y del culto de Jehová, el que llegó á Jerusalén cercado por los entusiasmos de un pueblo que cubría la tierra de flores y bendecía al enviado de Dios, fué juzgado y condenado por el Sahendrin al infamante suplicio del madero.

Triste, á la par que hermosa, es la leyenda de Pasión, empezada en el huerto de Gethsemani y concluída en el Calvario.

Es imposible seguir paso á paso al Maestro desde que, retirado á Caná, llegó hasta Jericó, á las orillas del Jordán, para recibir de Juan, el anacoreta de vida tan opuesta al espíritu del antiguo pueblo judío, la ceremonia del bautizo.

Dejémosle en sus peregrinaciones, explicando á los galileos su doctrina; acercándose más tarde á Cafarnahum; haciendo de los pescadores del lago de Tiberiade sus oyentes más predilectos y aun sus discípulos; sentando en el espíritu de todas sus bienaventuranzas; concediendo el reinado de Dios á los pobres; buscando relaciones con los gentiles ó samaritanos, é ideando más tarde sus primeras tentativas sobre la ciudad de Jerusalén.

El día de hoy, el más grande que marca la historia de la Humanidad, empieza en la casa de Anás y termina con la debilidad del procurador Pilatos.

Torturado en casa de Anás, víctima del escarnio en la de Caifás, coronado de espinas y sujeto al castigo de la flagelación en casa de Pilatos, no inspiró compasión al pueblo judío, ansioso de su sangre hasta el extremo de negarse á la petición de

Pilatos, que pedía la conmutación de su pena con motivo de la fiesta de Pascua, concediéndosela á Jesús Bar Rabbás.

Proceso vergonzoso, triste, infame, que manchó para siempre la frente de aquel imperio.

Caminó Jesús con el madero al hombro; cayó en las angostas y torcidas calles de Jerusalén; vió á su madre en la triste procesión iniciada en el Pretorio; aceptó la ayuda del Cirineo; recomendó á la Verónica que llorase por la suerte del pueblo judío; cayó por segunda y tercera vez; presencié el sorteo de sus vestidos, y clavado en la cruz perdonó á sus verdugos y encomendó al Padre el espíritu del que caído cumplía con la santa misión de redimir al mundo con su sangre.

Caída la cabeza sobre el pecho, la boca entreabierta, significando la suprema angustia, la mirada idealizando la infinita misericordia, manchado de sangre, así se adora hoy en los altares, así evocará siempre una plegaria.

II

Prescindamos ahora de la grandiosa epopeya ocurrida hace diecinueve siglos; hagamos caso omiso de las novísimas tendencias del protestantismo; olvidémoslo todo para dirigir nuestras miradas al poema que trazan las mujeres cristianas, ébrias de amor y vida con la *Semana de Pasión*.

A semejanza de la mujer de Magdala, perdonada por Jesús, las nuestras lucen hoy sus vestidos de raso más hermosos; la fe no puede vencer la coquetería, el recuerdo de la amargura porque pasó Cristo no basta á borrar en los ojos el deseo.

No; no es así como se debe conmemorar la memoria del Justo.

Búsquense en buena hora placideces y lucimientos en otras partes, pero no lleguen nunca, ya que así lo hemos aceptado, hasta la iglesia vestida de luto, para evitar esos esbozos de poema que señalan la ciudad corrompida, marcando con el agua bendita la señal de la cruz en la frente

y volviendo la cara como señal de agrado al pretendiente, que dominado por la actualidad, baja la cabeza sin otro pensamiento que agradar á la mujer anhelada.

No es ese el tributo que se debe pagar al que con su sangre escribió la doctrina más grande que hemos conocido.

Sin pretender inculcar teorías ó doctrinas en cerebros rebeldes á ellas, cabe el exigir que se acepten como son ó que se supriman esos alardes de cristiandad que provocan al espíritu más santo al descreimiento.

Y es, que esta sociedad, ahita de materialismo, olvida el pasado, pero busca en él motivo ó lugar para desarrollar sus corrientes modernistas, haciendo gala de una doctrina que no ha llegado á estudiar, predicando unas ideas que no ha llegado á comprender. ¡Pobre Jesús!

Todo lo grande que ha sido la página de tu vida, necesitaba la humanidad para no olvidarse de tí.



El angel de la muerte.

El más excéptico ha encontrado en tu vida algo que no ha sabido definir al tratar de darle forma humana; el crédulo ha cerrado los ojos para abrazar las teorías sin discutir las, de una forma ú otra, noble iniciador de la más sublime doctrina, al concluir tu obra fundaste tu divinidad y derecho lograste para reinar allí donde la inteligencia humana se estrella y la ciencia vuelve los ojos convencida de la *pequeñez* de su grandeza.

Antonio Paso.



A LA MUERTE DE JESÚS

¿Y eres tú el que, velando la excelsa majestad en nube ardiente, fulminaste en Siná? Y el impío bando que eleva contra tí la osada frente, ¿Es que oyó medroso de tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas hora abandonado, ¡ay!, pendes sobre el Gólgota, y al cielo alzas gimiendo el rostro lastimado; cubre tus bellos ojos mortal velo, y su luz extinguida en amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena, amor más poderoso que la muerte; por él de la maldad sufre la pena el Dios de las Virtudes, y león fuerte le ofrece al golpe fiero bajo el bellón de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa ante siglos de siglos degollada! Aún no ahuyentó la noche pavorosa por ver primera el alba nacarada, y hostia del amor tierno moriste en los brazos del Eterno.

¡Ay! ¡Quién podrá mirarte, oh paz, ó gloria del culpado mundo! ¿Qué pecho empedernido no se parte al golpe acerbo del dolor profundo, viendo que en la delicia del gran Jehová descarga la justicia?

¿Quién abrió los raudales de esas sangrientas llagas, amor mío? ¿Quién cubrió tus mejillas celestiales de horror y palidez? ¿Cuál brazo impío á tu frente divina ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles; al santo perdonad, muera el malvado; si sois de un justo Dios ministros fieles, caiga la dura pena en el culpado. Si la impiedad os guía y en la sangre os cebáis, verted la mía.

Mas, ¡ay!, que eres tú sólo la víctima de paz que el hombre espera; si del Oriente al escondido polo un mar de sangre criminal corriera, ante Dios irritado no expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo su cólera en diluvios descendía, y á la maldad que dominaba el suelo y á las malvadas gentes envolvía, de la diestra potente depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre de lo montes el agua vengadora; el sol, amortecida la alta lumbre que el firmamento rápido colora,

por la esfera sombría cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado de su semblante descogió el Eterno, mas ya, Dios de venganza, tu Hijo amado, domador de la muerte y del Averno, tu cólera infinita extinguir en su sangre solicita...

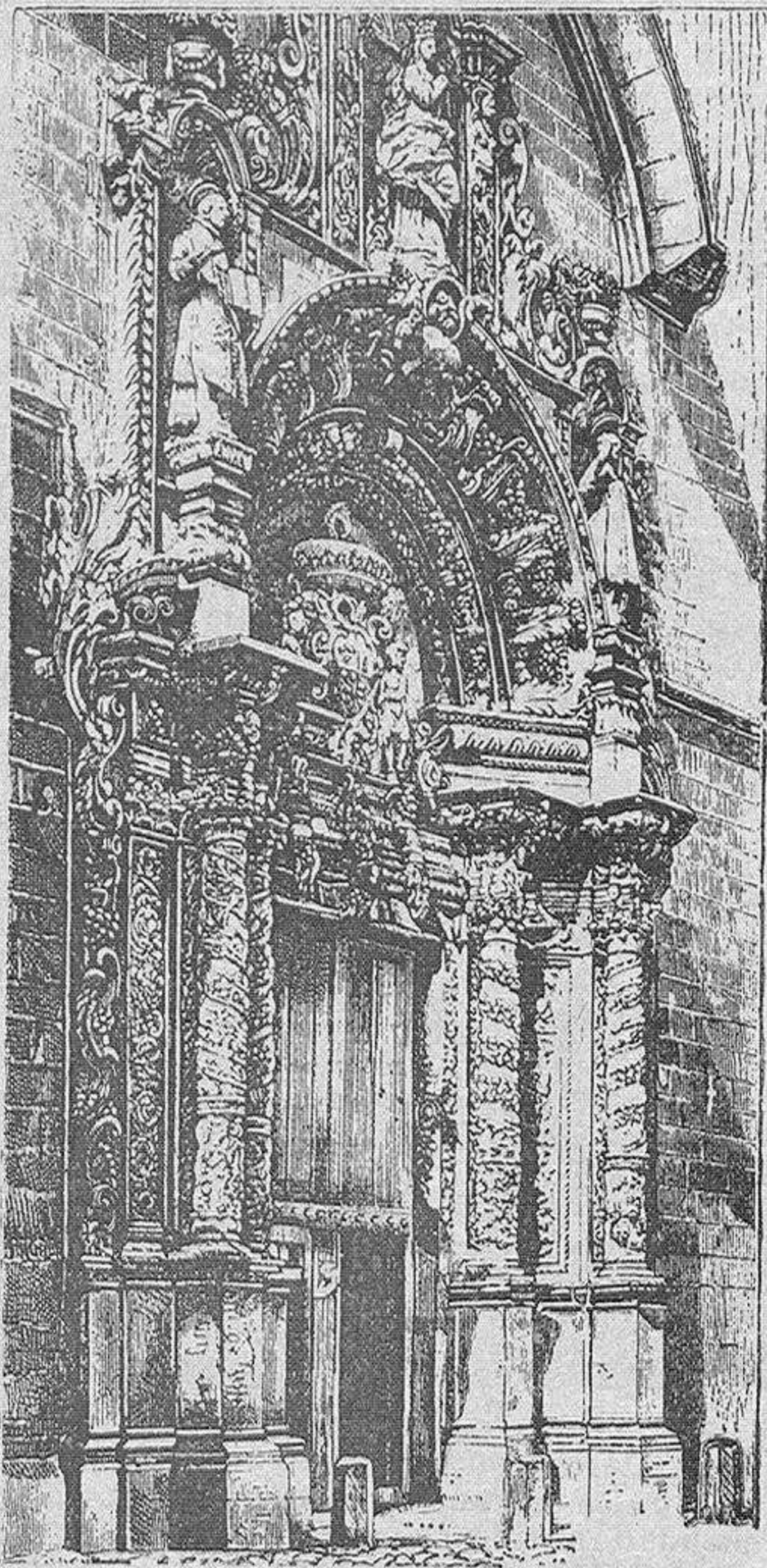
¿Oyes, oyes cual clama: *Padre de amor, ¿por qué me abandonaste?* Señor, extingue la funesta llama que en tu furor al mundo derramaste. De la acerba venganza que sufre el justo nazca la esperanza.

¿No veis cómo se apaga el rayo entre las manos del Potente, ya de la muerte la tiniebla vaga por el semblante de Jesús doliente, y su triste gemido oye el Dios de las iras complacido?

Ven, ángel de la muerte, esgrime, esgrime la fulmínea espada, y el último suspiro del Dios fuerte que la humana maldad deja expiada, suba al solio sagrado do vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno, ¡oh tierra!, rompe, ¡oh templo!, tu velo moribundo; yace el Criador, mas la maldad aterra, y un grito de furor lanza el profundo. *Muere...* Gemid, humanos; todos en él pusisteis vuestras manos.

Alberto Lista.



ROMA.—Puerta del templo de S. Francisco.

ANUNCIOS.

GABINETE DE LOS RAYOS X

del Dr. Quesada bajo la dirección del doctor Pastor profesor clínico de la facultad de medicina.

Reconocimiento del interior del cuerpo humano sin molestias ni dolor alguno.

Entre la multitud de aplicaciones que tiene este notabilísimo descubrimiento, pueden citarse las fracturas y dislocaciones de huesos—tumores—presencia de proyectiles u otro cuerpo extraño en el interior del organismo—congestiones pulmonares—tuberculosis—ciertos estados del corazón—cálculos en la vejiga—ciertos estados del estómago y otras vísceras, etcétera, etc.

Calle de las Barcas número 40, junto a la macia del Dr. Quesada.

OPORTUNIDAD

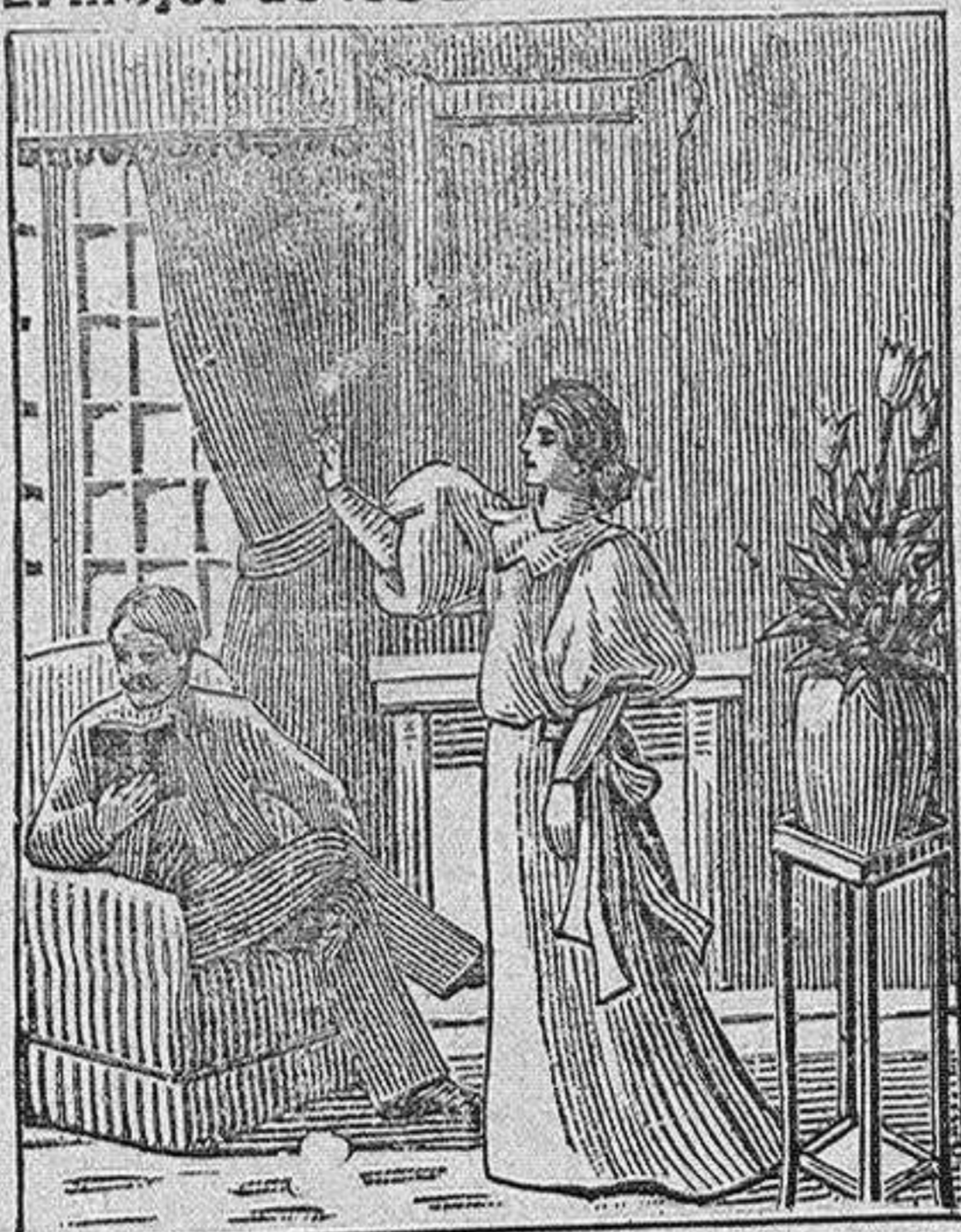
Los que han ido á tomar aguas sulfurosas en los manantiales, si quieren sostener su benéfica acción durante el otoño é invierno, es preciso que usen el AZUFRE LIQUIDO VULCANIZADO DEL DOCTOR-FERRADES, pero más urgente todavía necesitan aquellos que, padeciendo **afecciones humorales** no han podido ir. Su utilidad está demostrada por larga experiencia. Véndese en todas las farmacias y droguerías.

De venta en la sociedad Farmacéutica Española y principales droguerías.

PURIFIQUE Vd

EL AIRE quemando **PAPEL DE ARMENIA**

El mejor de los DESINFECTANTES



En interés de los enfermos y personas que les cuidan, los médicos recomiendan purificar el aire quemando **PAPEL DE ARMENIA**

Venta: Farmacias, Droguerías y Perfumerías
POR MAYOR: CEBRIAN Y C.^a — BARCELONA



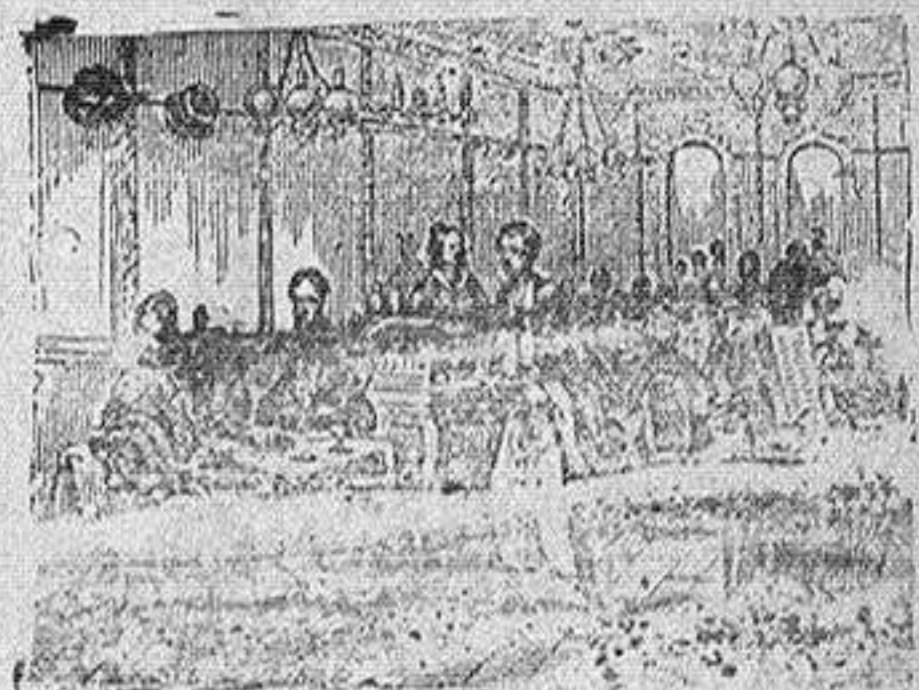
BLAUD
VERDADERAS PILDORAS del D. BLAUD
ANEMIA·CLOROSIS·ÚOPIACIÓN

CADA PÍLDORA LLEVA IMPRESO EL NOMBRE DEL INVENTOR
 VENTA POR MAYOR - A. SCIORELLI - PARIS



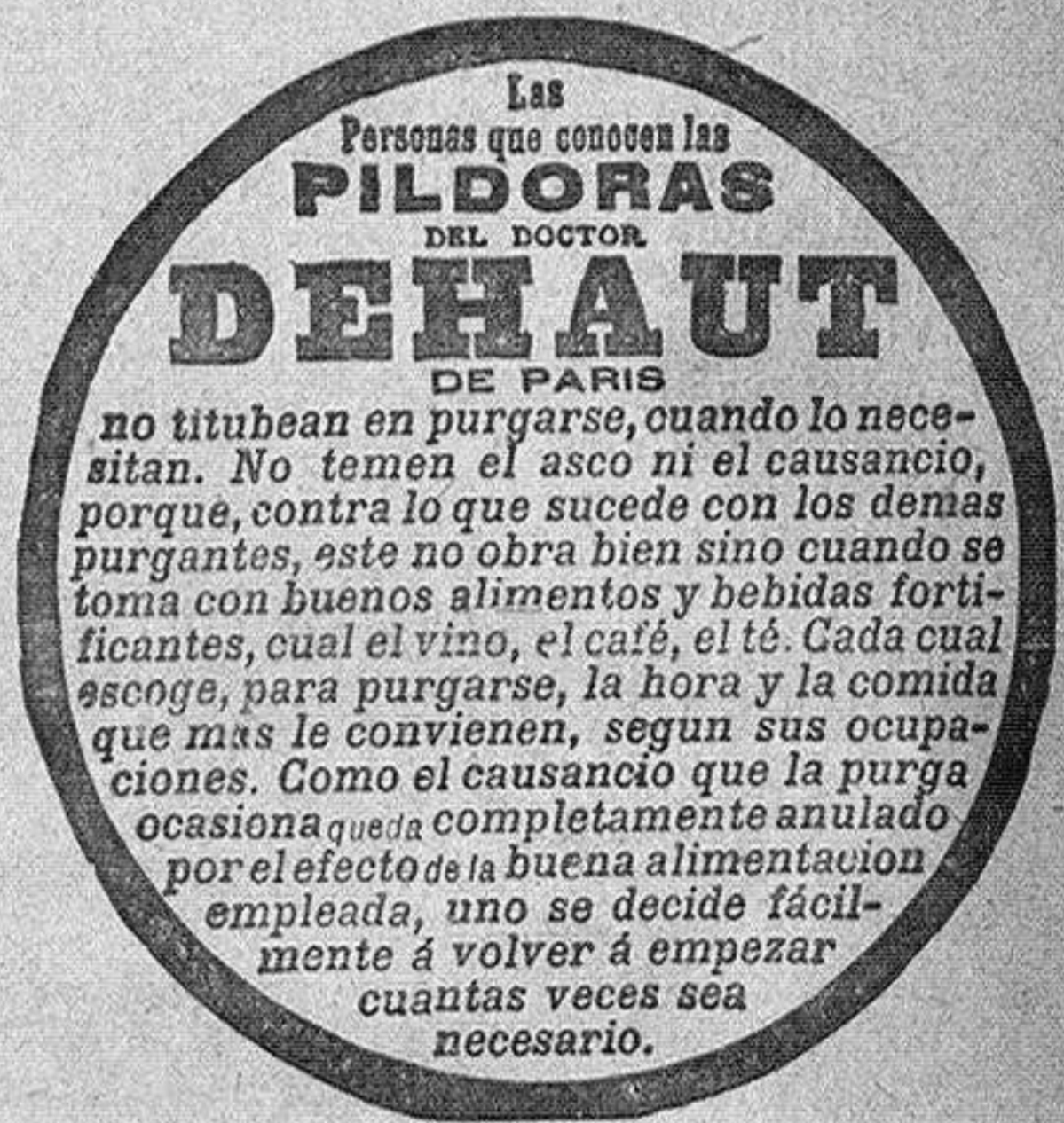
GRAN HOTEL IBORRA

(ANTES MARINA)



Este precioso hotel, es uno de los primeros de Alicante, por sus admirables vistas todas drásticas y su excelente mesa. Se recomienda á las persona de buen gusto por su elegancia, pulcritud y economía.

San Fernando y Esplanada de España.



AL PÚBLICO

TARJAS DE CASAMIENTO

100, con sobres de primera, y 100 pliego de papel timbrado 8 pesetas.

Un trimestre gratis el periódico

TARJETAS DE LUTO RIGUROSO

Un ciento, 3 pesetas.

Un mes gratis el periódico.

SOBRES COMERCIALES

A seis pesetas el millar.

Impresión gratis.

ESQUELAS DE DEFUNCION

Papel fondo oscuro y grabado. 100 pliegos con 100 sobres, 8 ptas. Idem luto riguroso fondo blanco, papel superior con sobres.

12, 50 id. Targetas mortuorias de gran relieve con varios dibujos para niños, un 100, 6 id.

Esqueles de primera clase con cartera á 15 pesetas el 100.